



Facultad de Medicina

Clinica Alemana - Universidad del Desarrollo

Centro de Humanidades M3dicas



XV

Concurso Artístico y Literario

TEMA: **Salud planteria y convivencia en
armonia entre todos los seres vivos**

2025 | Centro de Humanidades M3dicas
Faro UDD + AMCA A.G.



Creatividad y talento UDD

En un contexto marcado por la complejidad y una profunda transformación, celebramos los 15 años del Concurso Artístico y Literario UDD, iniciativa que favorece la experiencia artística, la belleza del proceso creativo y la interdisciplina, para el desarrollo de la sensibilidad, la empatía y una formación integral.

15 años

CONCURSO ARTÍSTICO Y LITERARIO UDD

Elaborado por el equipo del Centro de Humanidades Médicas de la Facultad de Medicina Clínica Alemana Universidad del Desarrollo.

Contacto: centrohumanidades@udd.cl

Instagram: [@humanidades_udd](https://www.instagram.com/humanidades_udd)

Impresión: Imprenta Atelier

Diseño: Alima Diseño

CON EL APOYO DE:



Salud planetaria y la convivencia en armonía entre todos los seres vivos

Hace más de dos mil años, Hipócrates en *On Airs, Waters, and Places*, ya observaba la relación entre el medio ambiente y la salud humana.

Sabemos que el contexto en el que vivimos no es inocuo para la salud: las personas enferman o sanan en vínculo con su entorno y relación con las condiciones de vida donde nacen, crecen, trabajan, estudian, envejecen. En este sentido, la contaminación atmosférica, contaminación hídrica, el crecimiento urbano inadecuado, el mal manejo de los residuos, la erosión y degradación de suelos, las amenazas al bosque nativo, entre otros, ponen en riesgos la salud de las personas y de todos los seres vivos.

Comprender a cabalidad la salud y la enfermedad es un trabajo que requiere necesariamente de la integración de múltiples variables y de saberes diversos.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la salud como “un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”, reconociendo la importancia de la relación con la naturaleza, el acceso a espacios verdes y la exposición a entornos saludables.

Este año quisimos explorar la temática “Salud planetaria y convivencia en armonía entre todos los seres vivos”. De esta forma, toda nuestra programación —incluido este concurso— se ha enfocado en la reflexión interdisciplinar sobre las complejas problemáticas que tensionan nuestro

habitar en la Tierra. A lo que se suma, el creciente desafío de la transformación digital, que acelera los procesos y otorga inmediatez, muchas veces a un ritmo que supera la capacidad humana.

En lo que va del año, hemos sostenido diálogos junto a los estudiantes con ecologistas y filósofos, sobre sostenibilidad planetaria. Hemos realizado coloquios de humanidades en los campos clínicos de la Facultad de Medicina CAS-UDD que han contado con destacados investigadores y académicos, para reflexionar desde lo que nos constituye como seres humanos (con el profesor Raúl Campusano), hasta las modificaciones en la transmisión de enfermedades infecciosas a raíz del cambio climático (con el Dr Pablo Vial). También hemos vivido experiencias transformadoras de conexión con la naturaleza como una “Terapia de Bosques” en el Hospital FACH, un taller de artes visuales en el Hospital Padre Hurtado y, recientemente, con “La ranita de Madera” - libro de la investigadora UDD, María Eugenia Riveros-, hemos aprendido de adaptabilidad en un taller de literatura para niños y niñas de la comunidad de Atención Primaria de Salud.

La publicación que tienes es tus manos es parte de este viaje y reflexión. Desde hace 15 años el Centro de Humanidades Médicas convoca a nuestra comunidad a expresarse a través de la fotografía, la poesía, el cuento, el dibujo, la música, el cómic, entre otras artes.

Aquí encontrarás propuestas que revelan las inquietudes y emociones de quienes

participaron del XV Concurso Artístico y Literario UDD. Recordándonos que la salud también se nutre de belleza, creatividad y humanidad. Nos hablan del vínculo profundo entre los seres humanos y el planeta; del respeto por los animales y la vida en todas sus formas; de la fragilidad humana y la naturaleza como refugio de salud y bienestar; de la importancia del agua y de los elementos; de la necesidad de contemplar y detenernos; y de un llamado urgente: aún estamos a tiempo de proteger nuestra casa común, con humildad, reconociendo que dependemos de ella.

La fuerza de este concurso radica en la participación y en su permanencia en el tiempo. Todas las obras son valiosas, por eso este año incluimos una exhibición virtual de todas para que puedan ser vistas y valoradas por la comunidad.

Agradezco al jurado por las sesiones de lectura y revisión para la difícil tarea de selección de los ganadores.

La experiencia y el mismo testimonio de los participantes nos confirman que, en muchos casos, este concurso ha sido un importante motor y punto de apoyo para sostener una vocación, sumar a la formación nuevas competencias culturales para desenvolverse mejor, atravesar momentos difíciles, expandir el espíritu, vivir momentos de bienestar y/o compartir un talento oculto.

Gracias a nuestros socios: FARO UDD y la Asociación de Médicos de Clínica Alemana, AMCA A.G., que permiten amplificar el impacto de esta iniciativa. Esta última institución, se suma este año para celebrar a aquellos médicos o futuros médicos humanistas.

Especiales gracias a todos los valientes participantes de esta décima quinta versión. Y hasta el próximo año.

Con afecto,

Macarena Barros Jiménez

Directora

Centro de Humanidades Médicas
Facultad de Medicina Clínica Alemana
Universidad del Desarrollo



Salud planetaria: motivo de urgencia y punto de partida de otros-posibles modos de existencia

En una de las escenas de “Demasiado viejo para morir joven”, breve serie del realizador danés Nicolas Winding Refn, Viggo, uno de los personajes que da vida a un ex agente del FBI devenido en justiciero anónimo, se encuentra en una colina de la ciudad de Los Angeles, California. Ahí, frente a él, las autopistas, luces y el incesante tránsito de los autos, son el telón de fondo para un monólogo, cuya primera parte, versa así:

Una vez solo estaba el hombre y la naturaleza. Solíamos creer que éramos el centro del universo. Que el sol y las estrellas giraban en torno a nosotros. Y hemos destinado los últimos 500 años, desde Copérnico, en este lento gateo para estar donde estamos ahora. Donde finalmente hemos torcido la naturaleza ha nuestra voluntad. Dividimos el átomo. Quebramos el tejido de la realidad. Eso es lo lejos que hemos llegado.

Pienso en las palabras de Viggo. Pienso en como estas, advierten, que la gran pretensión moderna de bifurcar naturaleza y cultura, hombre y animal, objeto y sujeto, no ha sido más que una quimera. Una ilusión que ha desatendido de qué manera, los mundos que habitamos, como plantea el antropólogo de la ciencia Bruno Latour, son resultado de colectivos híbridos, es decir, ensamblajes humanos y más que humanos que se relacionan y proliferan mutuamente.

Trasladado al tema que nos convoca, referirse a la salud planetaria, me parece que apunta precisamente

a abandonar cualquier bifurcación. Pero, también, a reparar el tejido que Viggo considera que ha sido quebrado y nos puede llevar, eventualmente, a la catástrofe.

Pensar la salud planetaria y su operabilidad práctica es, por consiguiente, suspender la excepcionalidad de lo humano. Una puesta en pausa que, simultáneamente, invita a repensar la manera en que la enfermedad, las terapias y el modo en que se vive y se muere resulta estar inscrito en mundos compartidos con formas de vidas no humanas, inertes, inorgánicas, orgánicas, animadas e inanimadas.

La salud planetaria, por lo tanto, no es un asunto que se limite a solo políticas, programas y planes de acción tanto a escala local como trasnacional, sino también a la construcción de gestos y correspondencias con entidades más que humanas. A la posibilidad de configurar, siguiendo a la teórica Maria Puig de la Bellacasa, éticas y prácticas de cuidado, lógicas de atención y apego con una multiplicidad de formas vivas las cuales, insertas en un contexto de cambio climático, post pandémico, con polución, plásticos en el mar, químicos y materiales sintéticos, reclaman ser re-ensambladas y atendidas.

Por esa razón, hacer de la salud planetaria el motivo de este concurso constituye una apuesta por atreverse a edificar poéticas, visualidades y lenguajes que se orienten a especular, fabular e imaginar con esos otros

no humanos con los que nos vemos enredados en nuestro día a día. En otras palabras, poder perseverar, como dice la historiadora de la ciencia Donna Haraway, en contar nuevas historias, que crean otras historias y que hacen importar otras historias.

Por consiguiente, si Eduardo Kohn en su bella etnografía con los Runa de las amazonas ecuatoriano nos desafiaba preguntándose si los bosques con los que sus interlocutores interactuaban eran generadores de pensamientos, significados y semióticas nosotros, creo, también nos podemos preguntar: ¿Pueden las bacterias hablar? ¿Pueden los virus pensar? ¿Cómo construimos mundos con esos otros vivientes? Esas interrogantes, a fin de cuentas, considero, hacen de la salud planetaria no solo un motivo de urgencia, sino también el punto de partida para que emerjan otros-posibles modos de existencia.

(Este texto fue presentado en abril de 2025, con ocasión del lanzamiento del concurso en la terraza de Faro UDD).

Pablo Celis
Investigador Faro UDD
Núcleo de Humanidades y
Ciencias Sociales



Agradecimientos

Al jurado 2025

COMISIÓN LITERATURA:



Guido Larson, Cientista Político, Licenciado en Filosofía y Humanidades, y director del Instituto de Humanidades UDD.



Paola Massaro, directora de Bibliotecas UDD



Ana María Maza, profesora de castellano, Magíster en Literatura, a cargo del taller literario La Cofradía de los Lectores.



Caterina Merello, periodista, Jefa de Comunicaciones Departamento de Desarrollo Académico e Investigación de Clínica Alemana de Santiago.

COMISIÓN ARTES VISUALES



Dr. Juan Carlos Claro, Médico cirujano, con especialización en medicina interna y medicina narrativa.



Alejandra Rubio, actriz, directora Programa Pacientes Entrenados (PROPAE) y directora de compañía TeatroSoma Dr. Juan Carlos Glasinovic.



Óscar Mackenney, arquitecto, vicedecano de la Facultad de Arte y Arquitectura UDD



Magdalena Vial, artista visual.



Andrés Weissbluth, director cinematográfico, guionista, académico y director de la carrera de Cine UDD.

MÚSICA:



Nicolás Acevedo, músico de la Universidad de Chile, guitarrista clásico chileno, director del Festival Internacional de Guitarra Clásica de Santiago, Director de la Orquesta Sinfónica Municipal de La Granja.

PREMIO AMCA HUMANISMO:



Dr. Andreas Kullak, médico traumatólogo de la Pontificia Universidad Católica.

PREMIO FARO:



Pablo Celis, sociólogo, Magíster en Ciencia, Tecnología y Sociedad de la Universidad Alberto Hurtado, Investigador de FARO UDD.

A todos los participantes de esta versión:

Marcela Aliaga	María Inés Mendieta H.
Báltica Cabieses	Cristóbal Molina
Lucas Calvo	Andrés Morales
Marcela Castillo	Franchesca Negrón
Fabian Celis	Camila Niedmann
Sofía Césped	Jorge Pérez
Amalia Antonia Copa C.	Sandra Pizarro
Alfonso Correa	José Rocandio
Juan Pablo Cortés	Pamela Rodríguez
Carola Contesse S.	Victoria Roessler E.
Natalia Díaz	Jenny Ruedlinger
Roberto Donaire M.	Álvaro Salazar H.
Joaquín Errázuriz V.	Marisol Salinas D.
Magdalena Estay	María Cristina Silva
María Belén Ferreira C.	Paulina Silva S.
Heriberto García E.	Claudio Sumonte
Cinthia Henríquez	Astrid Valenzuela
Joaquín Hernández	Cristián Vargas P
Amparo Iglesias	Samantha Williamson
Pedro Lavín	
Karla León	
Sergio Majlis D.	

Reconocimientos por Categoría

I. PINTURA O DIBUJO

1er lugar

"Historia Azul"

Autora: **Carola Contesse S.**
Dirección de Docencia

2do lugar

"El encuentro"

Autor: **Dr. Sergio Majlis D.**
Docente
Medicina
Facultad de Medicina

Mención Honrosa Ilustración

"Picnic"

Autora: **María Belén Ferreira C.**
Estudiante 5to año
Diseño
Facultad de Diseño

Menciones Honrosas Campo Clínico

"Amar la Naturaleza es amarse a uno mismo"

Autora: **Marisol Salinas D.**
Guardia
Hospital Padre Hurtado

"Mirando nuestro ser interno"

Autora: **Cinthia Henríquez**
Kinesióloga
Servicio de Kinesiología Centro de Referencia (CR) de la Mujer
Hospital Padre Hurtado

"Los ojos de la Naturaleza"

Autor: **Dr. Jorge Pérez**
Director post título
Medicina Interna
Hospital Padre Hurtado

II. MÚSICA

1er lugar

"Décimas por la armonía entre los seres vivos"

Autor: **José Rocandio**
Estudiante 4to año
Psicología
Concepción

III. FOTOGRAFÍA

1er lugar Profesional

"Contemplación"

Autor: **Dr. Alfonso Correa**
Docente
Fonoaudiología
Facultad de Medicina

2do lugar Profesional

"Una chispa de vida en vuelo"

Autor: **Dr. Roberto Donaire M.**
Docente/ Director
Postítulo de Pediatría
Facultad de Medicina

1er lugar Amateur

"Colosidad natural"

Autor: **Joaquín Hernández**
Estudiante post grado
Programa de Formación
Pedagógica
Facultad de Educación

2do lugar Amateur

"Lágrimas de agua"

Autora: **Dra. Marcela Castillo**
Decana
Facultad de Medicina

IV. COMIC

Primer lugar (docente)

"Planeta mío"

Autor: **Claudio Sumonte**
Docente/ Colaborador pre-clínico
Odontología
Concepción

Primer lugar (estudiante)

"Pablito vive en su mundo"

Autora: **Camila Niedmann**
Estudiante 3er año
Medicina
Facultad Medicina

V. CUENTO

1er lugar

"Llegar a la raíz"

Autor: **Samantha Williamson**
Estudiante 2do año
Medicina
Facultad de Medicina

2do lugar

"Luna creciente"

Autora: **María Inés Mendieta H.**
Directora
Asuntos Públicos y
Comunicaciones

3er lugar

"El doctor Pico Rojo"

Autor: **Juan Pablo Cortés**
Estudiante 4to año
Medicina
Facultad de Medicina

VI. POESÍA

1er lugar

"Trayectoria acelerada"

Autora: **Báltica Cabieses**
Investigadora
Centro de Salud Global
Intercultural ICIM
Facultad de Medicina

2do lugar

"Elementos"

Autora: **Dra. Astrid Valenzuela**
Docente
Facultad de Medicina

3er lugar

"Historia Clínica Global"

Autor: **Juan Pablo Cortes**
Estudiante de 4to año
Medicina
Facultad de Medicina

PREMIO FARO UDD

"Ojos de Mar"

Categoría: Fotografía
Autora: **Magdalena Estay**
Directora
Comunicaciones y Extensión
Facultad de Medicina

PREMIOS AMCA A.G HUMANISMO

"Origen"

Categoría: Fotografía
Autor: **Dr. Joaquín Errázuriz V.**
Docente
Facultad de Medicina

"Corazón con Flor"

Categoría: Pintura o Dibujo
Autora: **Sofía Césped**
Estudiante 1er año
Medicina
Facultad de Medicina

Pintura o Dibujo

PRIMER LUGAR

Historia azul

"Desde lo profundo, una luz celeste asciende como símbolo de esperanza: el anhelo de comprensión mutua y la posibilidad de un mundo donde todos los seres tengamos un lugar, una voz y un sentido de pertenencia".

CAROLA CONTESSE S.
Dirección de Docencia



.....

SEGUNDO LUGAR

El encuentro

"Hemos perdido el contacto, ya no sabemos quienes somos, las lesiones no tienen apellido. Rescatemos lo que nos queda, volvamos a sentir el aliento que nos hace sentir vivos".

DR. SERGIO MAJLIS D.

Docente de Medicina.

Facultad de Medicina Clínica Alemana UDD



.....

MENCIÓN HONROSA CAMPO CLÍNICO

*Amar la Naturaleza es
amarse a uno mismo*

"Cuidar a todos los seres vivos es cuidar el futuro y
dejar un legado a nuestras familias".

MARISOL SALINAS D.

Guardia
Hospital Padre Hurtado



.....

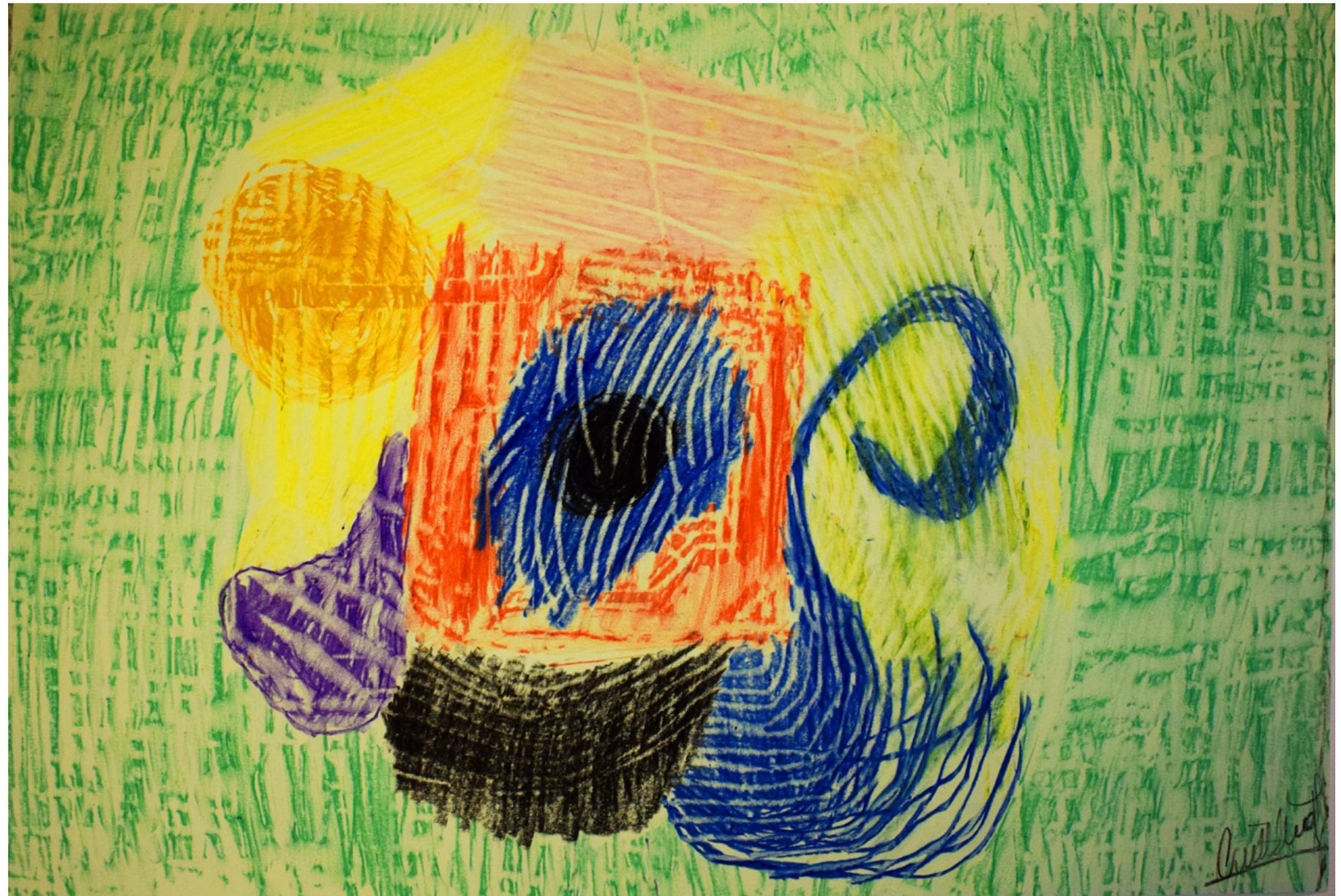
MENCIÓN HONROSA CAMPO CLÍNICO

Mirando nuestro ser interno

"Ver la belleza de nuestras sombras, lo abstracto de nuestro sentir, el amor y el milagro de estar presentes en el aquí y ahora".

CINTHIA HENRÍQUEZ

Kinesióloga
Servicio de Kinesiología Centro de Referencia
(CR) de la Mujer
Hospital Padre Hurtado



.....

MENCIÓN HONROSA CAMPO CLÍNICO

Los ojos de la Naturaleza

DR. JORGE PÉREZ

Docente
Director Medicina Interna
Director post título en Medicina Interna



Música

.....

PRIMER LUGAR

Décimas por la armonía entre los seres vivos

"La temática gira en torno a la esperanza y al llamado a cuidar lo que nos rodea, reconociendo que naturaleza y salud van de la mano en la construcción de un futuro común. Esta visión se entrelaza con la decisión de interpretarla a través del canto a lo poeta y el guitarrón chileno, donde el folclore y las tradiciones encarnan justamente esa unión, difundida en el saber popular de cantoras y cantores que he tenido el privilegio de conocer. Con esta elección, busco seguir con respeto ese mismo camino".

JOSÉ ROCANDIO

Estudiante 4to año
Psicología
Concepción



ESCUCHA LA GRABACIÓN



Fotografía

PRIMER LUGAR
PROFESIONAL

Contemplación

"La imagen nos invita a reconocer nuestra fragilidad y, a la vez, el potencial que albergamos. Revela vínculos sutiles pero profundos, comunes a todos los seres vivos: existir y dar vida. También nos llama a la humildad de sabernos dependientes de fuerzas externas, como el viento, que forman parte del todo al que pertenecemos. En la armonía, coexistimos".

DR. ALFONSO CORREA

Docente
Fonoaudiología
Facultad de Medicina



.....

SEGUNDO LUGAR PROFESIONAL

Una chispa de vida en vuelo

"Endémico de Juan Fernández y en peligro crítico, este picaflor de plumaje encendido es símbolo de esperanza. Como la salud humana, su aleteo nos recuerda que aún estamos a tiempo de cuidar lo único e irrepetible".

DR. ROBERTO DONAIRE M.

Docente/ Director
Postítulo de Pediatría
Facultad de Medicina



.....

PRIMER LUGAR AMATEUR

Colosidad natural

"Esta fotografía retrata la inmensidad de la naturaleza en contraste con la corporalidad humana, destacando la diferencia entre nuestra fragilidad y la grandeza de los paisajes que nos rodean".

JOAQUÍN HERNÁNDEZ

Estudiante post grado
Programa de Formación Pedagógica
Facultad de Educación



.....

SEGUNDO LUGAR AMATEUR

Lágrimas de agua

"La lluvia sobre los frutos nos recuerda la belleza y la vital importancia del agua para la vida".

DRA. MARCELA CASTILLO

Decana
Facultad de Medicina



Cómic

PRIMER LUGAR
(ESTUDIANTE)

Pablito vive en su mundo

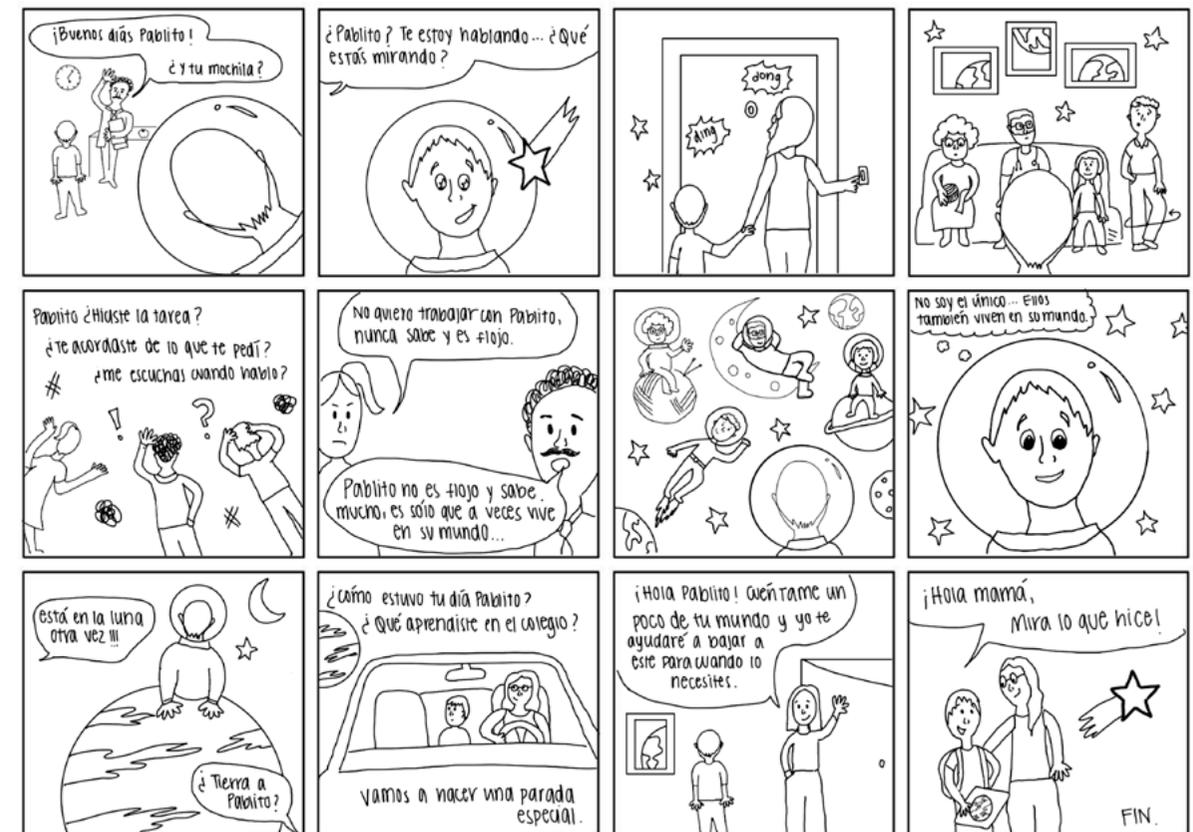
"Mi obra vincula la "salud planetaria" con el TDA, una condición muchas veces malentendida como "estar en la luna". Busco que quienes la tienen se sientan comprendidos y animados a buscar ayuda, y que todos aprendamos que no es flojera, sino un diagnóstico común.

Cada mente es un mundo; conocerlas nos ayuda a vivir en armonía en este planeta compartido".

CAMILA NIEDMANN

Estudiante 3er año
Medicina
Facultad Medicina

Pablito vive en su mundo



Cuento

PRIMER LUGAR

Llegar a la raíz

“Explora la conexión entre la naturaleza y la salud humana, mostrándolas como partes de un mismo sistema vivo y delicado. A través de Amadeo Ventura, se revela este vínculo, simbolizado en el marchitar del maitén y la trágica muerte del protagonista.

El relato advierte sobre las consecuencias de la destrucción ambiental y su impacto en nuestra existencia. Este lazo invisible requiere un reconocimiento profundo y una acción consciente para sanar el entorno y a nosotros mismos, recordándonos que sólo al honrar esta interdependencia podremos preservar la vida en todas sus formas”.

SAMANTHA WILLIAMSON

Estudiante 2do año

Medicina

Facultad de Medicina

Sobre la vida de Amadeo Ventura no se sabía mucho. Su historia estaba envuelta en un halo de misterio que jamás logró disiparse del todo. Nadie conocía con certeza dónde había nacido, si era cercano con sus padres, o incluso cuántos años tenía realmente. Algunos vecinos juraban que lo habían visto en la provincia desde tiempos inmemoriales, como si fuera parte misma del paisaje. Aquello era imposible, claro; él era mortal como cualquiera de nosotros. El punto es que era, para muchos, una presencia constante, como la niebla en una mañana invernal o el canto de las aves cuando caía la tarde.

Vivía apartado del resto, en una parcela ubicada en las afueras del pueblo, justo sobre un promontorio que dominaba el valle entero. Desde allí, su casa de madera se asomaba con suma timidez entre los árboles, como un secreto bien guardado. Aquel lugar, por aislado que fuera, le otorgaba una vista privilegiada: campos verdes ondulando con el viento, caminos de tierra que serpenteaban hasta perderse en el horizonte, y los tejados de las casas diseminadas como pequeñas pecas color terracota.

El sendero que conducía hasta su hogar estaba flanqueado por litres y boldos, cuyos troncos torcidos parecían contar historias antiguas. Entre sus ramas, la luz se filtraba en forma de destellos dorados, danzando sobre la tierra húmeda y las piedras musgosas. Ya en la cima, los visitantes podían encontrarse con un jardín casi encantado: limoneros altos que esparcían su fragancia por el aire, laureles que susurraban con la brisa, y una alfombra de pasto verde intenso entrelazada con flores silvestres y enredaderas rebeldes.

Pero había un detalle que capturaba de inmediato la atención de cualquiera que visitara aquel paraje: un majestuoso maitén que se alzaba con imponente presencia en medio del terreno. Sus ramas se

extendían como brazos protectores, proyectando una sombra fresca y acogedora. Aquel árbol, dicen, se podía ver desde cualquier rincón de la provincia. Era un faro vegetal, una especie de vigia silencioso que parecía cuidar no solo la casa, sino también la provincia entera.

Cuando don Amadeo bajaba al pueblo, no pasaba desapercibido. Su figura alta y erguida sobresalía entre la multitud, y su frondoso cabello canoso, al igual que su espesa barba, le conferían un aire casi mítico. La gente local tenía la certeza de que las nubes se movían a la altura de sus ojos. Siempre vestía con ropas sencillas, pero pulcras, y caminaba con paso tranquilo, como quien no tiene apuro porque ya ha aprendido a escuchar el ritmo del mundo. Su actitud era siempre positiva, su sonrisa genuina, y sus palabras, pocas pero justas.

Tenía la costumbre de ayudar a quien lo necesitara. Si alguien tenía problemas para pagar la renta, Amadeo lo acogía sin dudar. “Puedes quedarte el tiempo que necesites”, decía con voz serena, abriendo las puertas de su casa y, con ello, también su corazón. Cuando alguna madre necesitaba que cuidasen a sus hijos, él los recibía en su jardín, donde ellos jugaban entre las flores y descansaban bajo la sombra del gran maitén, estallando en risas mientras él les contaba historias inventadas o simplemente les enseñaba a observar el paso de las nubes.

— Sumamente perceptivo era, ese hombre — solía decir mi abuelo, que fue vecino suyo durante años —. Bastaba con que viera una sola nube en el cielo para predecir la lluvia. Y lo de la tierra... ¡Ah! Tenía un don. A veces tomaba un puñado de tierra entre sus largas manos, la frotaba entre los dedos, y nos decía exactamente lo que necesitaba: “Tiene demasiada agua”, “le falta abono”.

Según mi abuelo, también tenía un vínculo especial con los animales. Era común ver aves posarse sin temor sobre su hombro, o perros ajenos acostarse tranquilamente a su lado.

— Le encantaba el sol — agregaba, con una sonrisa melancólica —. A veces conversábamos en su jardín, y de repente se quedaba en silencio. Cerraba los ojos, levantaba la cara al cielo y dejaba que la luz lo envolviera. Yo lo imitaba, claro. No sé si por respeto o por curiosidad. Pero, ¿sabes qué?... Me hacía bien. Así pasaba las tardes con mi abuelo cuando este nos visitaba en Santiago, hablando cualquier maravilla de este misterioso ser. En ese entonces, yo no lo había visto, mas la precisión de sus descripciones bastaba para tener una imagen nítida en mi mente.

Por desgracia, no alcancé a conocer a Amadeo Ventura como lo hizo mi abuelo: fuerte, vital, dueño de una calidez que tocaba el alma y una presencia que te daba paz. No, la primera vez que lo vi estaba acostado sobre la fría mesa metálica. Seco, maltrecho. Muerto.

Cuando vi el anuncio, me llamó la atención su bajo atractivo. Largas horas, doctores de mala fama, renunciadas de personas previas que no podían lidiar con la intensidad del trabajo; y puntos CONISS que podían estar a mi nombre. No me culpen, yo quería Medicina Interna. Conseguí la pega rápidamente.

— No te sientas halagada — me advirtió la doctora Gutiérrez, — vinieron sólo tú y alguien más, y había únicamente dos puestos por llenar.

Las reglas en la morgue eran bastante simples de recordar. Ser puntual. Usar EPP, siempre. No alargar el receso de almuerzo. No alterar la temperatura. Desinfectar antes, durante, después, en todo lugar, a toda hora. Nunca, ¡nunca! comer cerca del cadáver. El paciente muerto se debe tratar tan bien como aquel que sigue vivo, tal vez incluso mejor.

Mis tareas en un inicio eran monótonas y repetitivas. Contestar llamadas. Acompañar en los traslados. Cooperar con los registros. Entregar pertenencias a los familiares. Consolar a los familiares. Pedirles a los familiares que por favor no nos agredan. No fue hasta meses después, una tarde, cuando la doctora

me dio nuevas indicaciones. Hasta ese instante, no tenía permitido ni siquiera dirigirle la mirada al cuerpo. — Además del registro, me vas a ayudar a inspeccionar y tomar las muestras también. Blanco, a ti te toca hablar con la familia.

Suponía que finalmente la doctora se había fijado en mi esfuerzo, mi dedicación, mi indomable perseverancia, o la manera en que Blanco se rascaba la nariz posterior a la inspección del cuerpo.

—¿Qué estás mirando?—me dijo—. Empieza a anotar.

Según relató Blanco, no logró dar con ningún familiar ni pareja de don Amadeo. Había llegado a tal punto de que Blanco creía que se había equivocado de nombre, o se encontraba ante un mito urbano. No obstante, una vecina del sector, doña Carmen, se le acercó para confirmarle la existencia (¿o ahora inexistencia?) de este personaje y compartirle su versión de los hechos. Aparentemente, habían transcurrido ya un par de semanas desde la última vez que don Amadeo había bajado al pueblo. En aquel momento, nadie pareció alarmarse por su ausencia, creyendo que simplemente se encontraba de mal humor. De qué, precisamente, no sabía doña Carmen, pero intuía que tenía relación con la fábrica que se había instalado hacía poco en las cercanías de su propiedad.

—Y con el humo que tiraban, ¿cómo no estar apestado?—comentó, indignada.— Habían cubierto su preciado cielo de gris. Don Amadeo sospechaba que también estaban contaminando el río cerca de su casa. No tenía ninguna prueba, claro, sólo la certeza de que algo no andaba bien.

Fue un martes, mientras hacía sus compras en la feria, cuando doña Carmen se topó con don Javier. Él, de igual manera, compartía sus sospechas sobre la extraña y retraída conducta del hombre. Preocupados, decidieron subir juntos hasta la cima de la colina donde vivía. El camino, flanqueado por árboles que aún conservaban su verdor, les pareció inquietantemente silencioso. Al llegar, notaron que el jardín, antes vibrante y alegre, se encontraba desolado; un pastizal gris y seco que recordaba al de un cementerio. Y cómo no pensar eso, si no se escuchaban el canto de las aves, el vuelo de los insectos. El gran maitén, antiguo protector, ya no

lucía como antes. Sus ramas, secas y decrepitas, colgaban girando al compás del viento, poco a poco cayendo por efecto de la gravedad. Un tronco débil y delgado que no podía sostener el peso del mundo por más tiempo. ¡Y las hojas! Sólo tres pudo hallar, el resto habían caído al pasto o se habían perdido con la brisa. Doña Carmen se encontraba cautelosa ante tal apagado ambiente. Sin embargo, lo que más le perturbaba no era esta ausencia de fauna, sino el nuevo y profundo silencio que se había instalado en el lugar, como si la vida misma se hubiese rendido. Encontraron la puerta principal semiabierta, golpeando suavemente contra el marco. El rechinar de las bisagras era monótono y tímido, apenas perceptible. Una vez adentro, un olor ácido, penetrante, invadió sus pulmones, haciéndolos toser descontroladamente. Tapando sus rostros con sus camisas, llamaron a Amadeo. Sin obtener respuesta, recorrieron la casa buscando cualquier pista de su paradero.

—Fue entonces cuando Javier me comentó que escuchaba un ruido, similar a un zumbido, aunque más suave. Yo pensé que me estaba tomando el pelo. Pero él insistía y, es más, afirmaba que sabía de dónde venía. Lo seguí por los pasillos de la casa,—doña Carmen tomó una pausa, inspirando profundo, su vista pegada al piso— y... efectivamente lo encontramos.

La autopsia de Amadeo Ventura, realizada durante el 31 de mayo del 2023, se detalla a continuación. Deben haber hallazgos, conversaciones, que no pude agregar a este relato. Tenga piedad de mí, querido lector, pues nunca he visto un caso como este. Por mucho que desee buscar las palabras correctas, estas se han escapado de mí; por mucho que desee recordar, los recuerdos se tergiversan, se mezclan y me acechan. Soy víctima de mis memorias y mis pensamientos absurdos. Escribiendo esto, intento convencerme de que lo ocurrido no es real.

¿Cómo podría serlo? Y aún así, no puedo dejar de escribir al respecto.

Tal como podrán suponer a partir de la historia de Blanco, don Amadeo fue encontrado muerto en su dormitorio, sin signos evidentes de violencia o la presencia de sustancias ilícitas. A inspección externa, se trataba de un varón adulto con rigidez cadavérica presente, sus ojos bien abiertos. Al momento de la

autopsia, medía 1,63 metros, con un peso estimado de 51 kilogramos. Sus proporciones nos dejaron perplejas, puesto que no coincidía con el testimonio de doña Carmen. Tampoco nos hacía sentido su alopecia universal, o el hecho de que se hayan encontrado pelos esparcidos por su casa, su cama y al interior de su ropa. No parecía que lo hubiese cortado por cuenta propia, o incluso arrancado. Era casi como si estos hubiesen caído por voluntad propia.

No se evidenciaron signos de estrangulación, asfixia o heridas cortantes. Eso sí, se encontraron "agujeros" en su abdomen y espalda. Con la doctora no llegamos a un consenso de lo que eran, creo que lo anotamos como escaras, mas eran secas, profundas y muy bien delimitadas. Demasiado bien delimitadas. Era casi como el hoyo que queda después de una excavación en terreno.

A partir de la apertura toracoabdominal, nos encontramos con una cavidad torácica reseca, árida. Nos daba miedo hacer un movimiento en falso porque los pulmones se desintegraban en nuestras manos. Nos quedábamos con unas láminas delgadas y curvadas, similares a virutas. Apenas pudimos pesar el corazón, y analizar las coronarias fue una tarea imposible.

No tuvimos mayor suerte en la cavidad abdominal, puesto que nos ocurría lo mismo. Fue frustrante volver a encontrar estos mismos agujeros que les mencionaba perforando el hígado, los riñones y todo el tracto gastrointestinal. Estos eran más pequeños y circulares, como pequeñas mordidas. Quise hacerle el comentario a la doctora, pero vi en su expresión que no deseaba mi opinión, incluso si ella pensaba lo mismo. El patrón se repitió cuando quisimos ver su cabeza. Sacamos algunas muestras para un análisis histológico antes de cerrar el cuerpo.

Eran las dos, tres de la mañana, creo, cuando la doctora me hizo una pregunta, antes de terminar.

—¿No se te olvidó agregar algo?

Entrecerré los ojos y negué con la cabeza. Ella, en tanto, abrió los suyos con sorpresa (de mi imbecilidad, supongo), y señaló con el dedo varias veces los brazos y piernas de Amadeo. Asentí y me disculpé. Me di la vuelta para estar a su lado.

—Descríbeme lo qué ves.

La razón detrás de por qué recuerdo tan vívidamente esta imagen nunca la sabré. A veces aparece ante mí cuando voy en la micro, estudiando, en sueños. Los pies de Amadeo, oscuros y podridos, con largos cortes sin sangre que partían desde la planta, hasta llegar—sin interrupciones—a la pantorrilla. En sus manos, cinco dedos faltaban, dos de su mano derecha, tres de la izquierda. Sin signos de violencia, sin signos de autolesiones; un corte limpio. Era casi como si estos hubiesen girado sobre sí mismos, cayéndose por efecto de la gravedad. Apéndices que ya servían sólo de accesorio.

Se estableció la causa de muerte como "indeterminada". El funeral fue unos días después. Casi todo el pueblo fue a ver como su héroe regresó a la tierra como una sombra de sí mismo. De él sólo quedó atrás su buena voluntad y cariño; un legado del cual Amadeo estaría orgulloso, aunque no estaría muy satisfecho sabiendo el final de su historia.

Yo creo que la doctora Gutiérrez estaba lista para ver mi carta de renuncia. Me sorprendí, eso sí, al saber de la suya. Muchos decían que amenazaba con retirarse hace años, pero no había tenido la voluntad de hacerlo hasta ahora. Desde entonces, no he escuchado de ella. Me conformé con seguir sacando más certificados para el CONISS. Actualmente estoy trabajando en el hospital del pueblo. No puedo quejarme, me ha ido bien dentro de todo. Los pacientes son muy amables conmigo, y puedo visitar a mi abuelo por las tardes. Tengo amistades, me río, me gusta mi trabajo. Pero cuando voy caminando de regreso a mi casa, y me encuentro con un animal muerto, un tronco podrido, regreso a esa incógnita, al olor ácido de un mal morir.

El otro día estaba sentada en el jardín de mi abuelo, desde donde alcanzo a ver la antigua casa de don Amadeo Ventura. La gente siempre la mira, aunque no se atreven a subir. Tienen susto de contagiarse de algo. La fábrica quería apropiarse de los terrenos, pero los vecinos lucharon para que no sucediera. Quedó todo como estaba. Excepto el maitén, claro está. Su caquéxico tronco y sus débiles ramas han ido desintegrándose un poco cada día. Ninguna hoja quedaba por caer.

Conocí a doña Carmen el otro día, en la casa de mi abuelo. Le conté cómo yo sabía de don Amadeo.

Blanco tiene razón, es sumamente dulce. Decía ella que vivía en una casa cercana al cerro, la que tenía un peumo en la entrada. La ubicaba a la perfección.

—Quiero agradecerte por tu esfuerzo, querida. No debe ser fácil lo que viste.

—Y menos para usted. Lamento mucho su pérdida, parecía una gran persona.

—Sí, lo era... Lo sigue siendo, sobre o bajo la tierra.

Después de un tecito, la acompañé a su casa. Una mano sobre mi brazo, y la otra sobre su bastón, me contaba sobre toda su vida, sin pausas ni interrupciones. Le pregunté por el bastón. Me dijo que sentía sus piernas débiles y que tenía heridas que le dolían al caminar. Le pedí que fuera al hospital lo antes posible, y me prometió que así lo haría, una vez que terminara de hablar con unos representantes de la fábrica; un tema legal que por más que me explicara, no llegaba yo a entender. La dejé en la entrada de su casa, donde se despidió de mí con mucho cariño. No tengo ni idea por qué lo hice, pero mis ojos se posaron sobre el peumo de su entrada. Su querido peumo, cuyas hojas seguían intactas, mas su tronco había enflaquecido, con agujeros y manchas que invadían su base y prometían terminar con este prontamente.

—Oiga, doña Carmen, quería hacerle una pregunta sobre don Amadeo. Si no le incomoda, por supuesto. Paró en seco, y se dio la vuelta para verme.

—Cualquier cosa, pregúntame.

—Usted decía que el árbol también estaba en mal estado, como muerto. ¿Fue después de la muerte de don Amadeo, o antes de este?

Ella movió la cabeza, mostrándome una expresión que no había visto antes, y cuyo significado no pude comprender.

Y luego respondió:

—No sé, cariño. Como al mismo tiempo. Creo que se murieron juntos.

SEGUNDO LUGAR

Luna creciente

“Una visión distópica de la devastación y deshumanización, narrada desde los ojos de la última niña del mundo, la más joven, que enfrenta con angustia la idea de morir lenta y solitariamente, mientras la tierra comienza a renacer tímidamente”.

MARÍA INÉS MENDIETA H.

Directora
Asuntos Públicos y Comunicaciones

Sentía su corazón latir aceleradamente. Podía oírlo en el silencio y era lo único que le indicaba que estaba realmente viva en este lado de la realidad. Sabía que no estaba sola, compartía con otros, que, como ella, habían quedado atrapados en este pueblo decadente, dueño de una belleza magnética, a pesar de todo. Aunque el paisaje se parecía a aquellas fotos antiguas que había visto del planeta Marte, y la vegetación comenzaba temerosa, a aparecer nuevamente entre los valles y colinas, los atardeceres seguían siendo hermosos y le hacían viajar hacia el océano, donde imaginaba al sol agonizante, esconderse cada día.

La entristecían los recuerdos de aquella flor amarilla que la vigilaba desde fuera de su ventana todos los veranos de su infancia, el sabor del chocolate caliente en los inviernos, la fuerza del viento y el mar en la cara, el ruido de los grillos en la noche y el llanto de Maurice, su hermano pequeño. Nunca más volvió a escuchar el llanto de un niño. La idea del futuro la aterraba. Su madre, una alemana hippie que conoció a su padre unos cuantos años antes de que todo estallara, había decidido llamarla Luna, simplemente Luna. No recordaba su apariencia, pero sí su canto lejano en un idioma desconocido. Su abuelo, decía que, si la luna tenía poder sobre las mareas e incluso sobre el largo de nuestro cabello, ella tendría el poder de cambiar el mundo, el mismo que se había retrocedido mil años por la ambición de unos pocos y el silencio de muchos. En su cabeza, el planeta se había reducido a su aldea y a los días interminables, la lluvia y la escasez, el hambre y el miedo.

Su padre había alcanzado brevemente a enseñarle el valor del conocimiento y le había legado algunos recuerdos familiares, que se hacían cada vez más difusos. Era un hombre pacífico, culto, un libre pensador. Había estudiado medicina en su país, donde nunca pudo ejercer en medio de golpes de Estado y revueltas políticas al que él no veía sentido. Sobrellevaba con dignidad y tristeza el destierro.

Era de aquellos médicos sencillos, con vocación genuina. Su prioridad y también su mayor debilidad, eran sus pacientes y sus familias, especialmente las más vulnerables. Siempre se negó a que un robot, aunque fuera perfectamente capaz de examinar y diagnosticar, hiciera su trabajo. Quería escuchar, sentir, experimentar un poco del dolor ajeno para sentir que aún estaba con vida. Solía lamentarse por la automatización de la medicina y la total erradicación de la pasión y el compromiso que demostraban sus colegas. Siempre decía que el despojo de lo que nos hace exclusivamente humanos destrozaría nuestra esencia y nos haría intrascendentes. Cuando perdió la batalla comenzó lentamente a marchitarse.

Conoció a la madre de Luna por casualidad, en una conversación improvisada en una biblioteca, en una época en que la humanidad había sobrepasado sus expectativas y había avanzado sin mirar atrás, en una carrera contra el tiempo y sin medir las consecuencias. La inmediatez, la rapidez, la falta de comunicación real cara a cara y el dominio de la tecnología habían cambiado no solo el modo de relacionarse y trabajar, sino que paulatinamente apagó las emociones y encendió la necesidad de sobresalir y aparentar. En apariencia el mundo evolucionaba y se desarrollaba, pero no era así. Cuidar el planeta, la casa de todos, no era importante. De él Luna había aprendido la compasión, la empatía, en respeto por el entorno y el apego a la tierra, a echar raíces profundas y vivir con intensidad. Aunque su realidad era ahora pequeña y, aunque su cerebro le pidiera continuar viviendo, su corazón no podía seguirle el paso.

Desde esos años en que vio luchar a su padre, todo pasó muy rápido. Cinco años bastaron para todo. Inestabilidad, caos y guerra. Luna fue una de tantas víctimas silenciosas, que crecieron sin sueños ni esperanza. Luego vino lo peor, pero lo que sucedía no era sorpresa.

Habían sido siglos de devastación y sobreexplotación, extinción y muerte. A sus cinco años, Luna había visto morir a sus padres y hermano, y a otros tantos millones. Desde aquel momento su familia fue su tribu, un grupo de desconocidos que habían hecho de la desgracia una familia, y su abuelo, la única conexión con su historia. Era la última, la más joven.

Cada noche su cabeza daba mil vueltas imaginando otras aldeas, otros abuelos y otras Luna. Incomunicados, aislados, sobreviviendo. Pensaba el peso de ser la última y de cómo se prepararía para ver morir a todos. O peor, el sufrimiento de su abuelo si ella dejaba este mundo antes que él. Ella no sabía de ambición, no conocía la envidia, el mal, la codicia o la necesidad de poder. ¿Qué dejaría al morir? ¿Qué se sentiría morir en soledad? ¿A qué debía dedicar sus últimos años? ¿Con quién compartiría la alegría de ver a la tierra, noble como es, recuperarse tímidamente después de la destrucción? ¿A quién enseñaría sobre insectos y conejos? ¿A quién traspasaría el legado de su sangre? Y se preguntaba ¿por qué? Hacía años, luego de alcanzar el periodo más brillante y creativo de la historia, de pensar que lo tenían todo y nada podía salir mal, las sociedades se fueron volcando hacia adentro, haciéndose cada vez más herméticas y egoístas, y sin necesidades o proyectos comunes, la paz perdió sentido.

Al llegar a su apogeo la humanidad había perdido el rumbo y su esencia, como tantas veces antes. La igualdad se transformó en regla, se desvaneció la individualidad, la creatividad, la iniciativa y con ello todo lo construido. Sin la voluntad y la necesidad de evolucionar la sociedad se estancó y la economía se contrajo, la cultura quedó en el pasado. Las fronteras volvieron a marcarse con firmeza y dejando atrás el sueño global. Faltaban recursos, y el comercio se debilitó. Nadie podía aspirar a más. Las guerrillas en las fronteras habían destruido fábricas y arrasado con campos, poblados y sembrados. Los avances tecnológicos y científicos se habían quedado en los libros, como teorías que pronto se tornaron en mitos y creencias. Lo único que aún abundaba era el agua y su posesión terminó por profundizar el conflicto. A nadie sorprendió que la tierra se rebelara y mostrara su fuerza brutal, aquel día en que todo desapareció entre sus fauces o bajo el mar. Solo unos pocos sobrevivieron a la decadencia e intrascendencia en

que había caído la raza humana. Todos lo asumían como un castigo. El hombre traspasó los límites y la tierra respondió.

“Nos lo merecíamos”, pensaba Luna. Su abuelo le contaba historias sobre películas y libros que imaginaban futuros distópicos, apocalípticos, pero ninguno se acercaba a la realidad. Todo lo que sucedió fue mucho peor, más lento, menos extravagante. Las máquinas no se rebelaron, la IA no se volvió contra los hombres, no se descubrieron nuevos mundos. Frente a la inmensidad del conocimiento y la falta de conciencia, la deshumanización se expandió como una enfermedad mortal. El hombre, en su inconmensurable egolatría, pensó que él y su mundo eran eternos. Sin embargo, a pesar de las mil preguntas que rondaban en su cabeza, a Luna no la torturaban los pensamientos grandilocuentes de épocas remotas, le quitaba el sueño su propia falta de futuro y el peso de ser la última, la resignación de no ver nacer y crecer nadie más y la incertidumbre de que con ella muriera la última entre los hombres.

Cuando el abuelo moribundo le sostuvo la mano, por primera vez en mucho tiempo Luna lloró, se deshizo en lágrimas y se asustó. El momento que tanto temía llegó. La muerte tocaba nuevamente a su puerta. La embargaba una emoción intensa, que llenaba su ser y la hacía sentir viva, pero miserable a la vez. Y como tantas veces se preguntó ¿qué significa realmente ser humano?.

Habría aprendido todo lo poco que pusieron enseñarle, pero nadie entendía cómo se sentía ser la última, la más joven, la dueña del legado. En su mundo no se permitía sentir, la prioridad era sobrevivir. Pero ella anhelaba volver a vibrar y con ello, devolverle a su especie la capacidad y la libertad de experimentar el amor, la alegría y la tristeza. En los largos inviernos pasaba horas reflexionando sobre el poder de la naturaleza. Solía pensar en ella como un ser enorme pero bondadoso y paciente, que raramente se enojaba, pero que cuando lo hacía reaccionaba con una fuerza sin precedentes, capaz de matar y destruir. Aprendió por instinto a respetarla, como a una madre.

Estaba convencida de que el clima era el reflejo del estado de ánimo de este planeta, del que sabía tan poco. Su único refugio era la imaginación, viajar

dormida a lugares remotos y verse a sí misma desde el cielo. Ver el sol era prácticamente imposible y con cada rayo, ella volvía al pasado, a su infancia y a la última mariposa que vio posarse en su ventana. Cuánto lamentaba no haberla visto sin un vidrio de por medio.

Sentía que lo único que la mantenía en este mundo era su lazo con la tierra, latiendo al mismo ritmo, naciendo y muriendo cada día. Observaba a su alrededor y a pesar de la devastación, se maravillaba con la grandeza de la vida creciendo al costado de un pequeño arroyo y la fuerza de los árboles que permanecía de pie, cuyas ramas y sombra les permitían pasar los días y las noches a salvo.

Sin embargo, había comenzado a dudar de la existencia de las flores. Las dibujaba constantemente como queriendo traerlas a su mundo. Las buscaba a su alrededor y jamás logró ver una, entre la maleza que lentamente comenzaba a extenderse por los campos. Sabía que en el momento en que viera una flor podría darse el derecho de tener esperanza.

Quería aprender, saber, entender y encontrar respuestas que jamás podría enseñar a otros. En su mochila roñosa, se asomaba siempre la tapa de un libro, el único que recordaba, que leyó y relejó mil veces. Un regalo de alguien desconocido, un tesoro sin dueño que adoptó con responsabilidad y que ayudó a llenar esos días sombríos y oscuros. En la portada podía leerse un título deslavado: “El mundo de Sofía” era la historia de una niña que un día recibe un mensaje anónimo que preguntaba ¿quién eres tú? Se reía en silencio y tímidamente ante la complejidad de dar una respuesta en su mundo, tras el caos, la destrucción, la guerra y le miedo. Y solía decir simplemente, “soy la última”, como si eso la definiera o fuera un karma que la perseguía.

Como Sofía, quería descubrir su lugar en el mundo y saber si realmente estamos controlados por el destino, un Dios o si podemos actuar libremente y definir nuestro camino, incluso ella, cuyo mundo se había reducido a una aldea.

Muchas veces lloraba por haber sobrevivido y dejaba salir la rabia contenida hacia quienes vivieron antes que ella. No comprendía cómo algo tan bello y único había

sido casi aniquilado por la ambición, condenándola a morir en soledad. Sabía que el universo era inmenso y cuando lo pensaba se sentía pequeña. Y dentro de su escaso conocimiento llegó a comprender que la guerra y la destrucción comenzaron cuando los hombres dejaron de sentirse pequeños, cuando frente a la naturaleza dejaron de sentirse vulnerables. Fue ahí cuando aquello que nos hace humanos comenzó a desaparecer. Así fue, como algunas veces lo escuchó de su padre.

Luna comenzó a rebelarse frente a su realidad y a negarse a aceptar su destino sin ver, sin escuchar, sin sentir. Quería vivir, entender y reivindicar a los suyos. Durante años, y sin mucho que la atara a su pueblo – aldea, emprendió un viaje solitario. Se preocupó de ir dejando pequeños mensajes y reflexiones escritas en papel explicando quién era y expresando su deseo de que hubiese otros como ella. Recolectó objetos, probó nuevos sabores, se adentró en ciudades solitarias y peligrosas. No encontró nada ni a nadie, solo a sí misma.

Durante largos años, mientras veía la tierra resurgir, Luna envejecía. Aprendió a convivir con la soledad, pero jamás con la muerte. Vio morir a tantos y estuvo tantas veces al borde del precipicio. Ya no sentía latir su corazón como antes, se iba apagando lentamente como un reloj que pierde su cuerda. El día de su muerte, sola frente a un lecho de agua, y junto a su último aliento, vio como una pequeña flor amarilla surgía de la tierra. En ese momento supo que todo estaría bien. Sin duda, había otros y el peso de ser la última se fue para siempre, con la eternidad. Mientras su vida se extinguía en sus oídos suavemente retumbaba una frase de Sofía: “a quien le toca la lotería de la vida también le toca la de la muerte. Pues la condición humana es la muerte”.

TERCER LUGAR

El doctor Pico Rojo

"Con pena observo cómo el progreso compromete al mundo que nos rodea. A través de los ojos de Pico Rojo, expreso cómo la salud del planeta nos afecta a todos, y que, así como cuidamos a nuestros pacientes, también debemos cuidar nuestro mundo".

JUAN PABLO CORTÉS

Estudiante 4to año
Medicina
Facultad de Medicina

En una caleta ventosa y brillante, donde las olas rompían con fuerza sobre las rocas y el viento olía a sal, vivía un viejo pilpilén llamado Pico Rojo. Sus plumas eran cafés como la leche con Milo y tenía las patas largas y naranjas como zanahorias frescas y un pico rojo encendido como la primera luz del amanecer. Pero, lo que más lo distinguía entre su gente, era su vocación y su dedicación. Pico Rojo no era solo un ave más del humedal, él era el médico de toda la comunidad de Punta Itata.

Cada día, con su cuaderno hecho de madera de balsa y algas y su estetoscopio de algas trenzadas y una concha de mejillón, recorría las pozas de marea, los juncos del estuario y las grietas de las rocas donde sus pequeños pacientes esperaban.

"¡Buenos días, doctor!", le decía una gaviota vieja con voz ronca y él la ayudaba.

"¡Pico Rojo, me duele el ala!", chillaba una garza inquieta, y él la ayudaba.

"¡Doctor, el agua me pica las plumas!", se quejaba un pequeño zarapito y él le ayudaba.

Pico Rojo tomaba nota, los escuchaba con atención, recetaba baños de barro, dietas con más camarones o descanso entre los pastizales. Pero con el tiempo, algo cambió. Ya no le llegaban dos o tres pacientes al día. Llegaban veinte, luego treinta, luego más.

Un día de invierno, cuando el cielo estaba cubierto de nubes grises y el mar rugía como un gigante enojado, Pico Rojo no pudo más. Se detuvo frente a la comunidad reunida en una duna.

"¡Queridos vecinos!", dijo con su voz firme y decidida. "No es normal que tantos estén enfermos. Las algas están podridas, los peces saben raro, y muchos tienen tos o heridas en las patas. ¿Qué nos está pasando?".

Una vieja lobo marino con pelaje gris alzó la voz: "Yo creo que es el agua. Hace meses que sube oscura desde el sur. Y huele mal, a pescado podrido y aceite".

Un cangrejo rojo levantó una tenaza temblorosa. "¡Y la arena! Encontré un trozo de bolsa plástica donde antes ponía mis huevos".

El murmullo se volvió general y luego un grito. Todos hablaban al mismo tiempo. Pico Rojo, aunque nervioso, supo que tenía que hacer algo. Así que dio un salto elegante sobre una roca y habló con decisión: "Voy a investigar. No soy solo su doctor, también soy su vecino. Si el lugar donde vivimos está enfermo, nosotros también lo estaremos".

...

Pico Rojo decidió volar hacia el sur, hacia Mejillones. Desde los cielos podía ver una mancha oscura en el mar, que subía desde el puerto hacia su comunidad. Pico Rojo voló siguiendo el curso del agua turbia. Cada curva de la costa le revelaba más señales: peces flotando sin moverse, algas negras y espuma amarilla. Pasó por desembocaduras de ríos por plantaciones y pueblos y en un recodo, lo vio: un enorme tubo metálico, rugiendo como un monstruo, vomitaba líquido oscuro al agua del mar.

El pilpilén se quedó helado, incapaz de seguir con su vuelo.

En tierra, unos humanos vestían trajes amarillos y conducían enormes camiones ruidosos. No sabían que allá arriba, sobre el cielo gris, un pequeño médico alado tomaba nota en su cuaderno de algas.

Volvió a la caleta con el corazón apretado.

"Es una faena, una pesquera industrial", dijo al llegar. "Está tirando cosas al agua. Veneno, basura... por eso el mar está enfermo. Y si el mar está enfermo, nosotros también".

La comunidad quedó en silencio sepulcral, incluso las olas, titanes incansables, alarma de su mundo, parecieron callar.

"¿Qué podemos hacer?", susurró un gaviotín chico asustado.

"¿Somos tan pequeños frente a los humanos?", preguntó un albatros joven mientras caminaba en círculos.

Pico Rojo miró a su gente. Miró a los cangrejos, a las garzas, a los peces y a las ranas. Todos eran parte de ese ecosistema, como células en un gran cuerpo. "No, quizás somos pequeños", dijo elevando su blanco

pecho, "pero, somos muchos. Y tenemos algo que ellos olvidaron: tenemos un hogar que amamos".

...

Así comenzó la gran misión. Pico Rojo organizó comités de vigilancia. Los picaflores fueron sus mensajeros, volando rápidamente siendo observadores y avisando a toda la comunidad; los lobos marinos siguieron el rastro de la contaminación por los mares y los cormoranes, con sus grandes alas volaron hasta los pueblos cercanos para contar lo que ocurría. Y un grupo especial, formado por los animales más valientes, fue al puerto de Mejillones donde algunos niños jugaban tranquilamente.

Uno de esos niños era Catalina Alquinta, la niña de ojos grandes y botas de plástico, hija de un pescador de la zona. Cuando vio al grupo de aves acercarse sin miedo, se sorprendió.

Los animales no hablaban como los humanos, pero esta vez dejaron señales claras. Dejaron conchas rotas, dejaron peces heridos y entre todos hicieron un dibujo trazado en la arena, con el pico de Pico Rojo, un tubo, el mar, y una calavera y Catalina entendió.

"¿Qué pasa?", preguntó la niña.

Catalina, la niña de ojos grandes y botas de plástico, fue la primera humana en entender lo que los animales intentaban decir. Cuando vio el dibujo en la arena, un tubo, el mar y una calavera hecha con algas trazado en la arena, entonces Catalina no dudó; algo andaba mal.

"¡Papá! ¡Papá!", gritó corriendo hacia el muelle donde su padre, don Anselmo Alquinta, arreglaba sus redes de pesca.

"¡Los animales están pidiendo ayuda!"
Don Anselmo levantó la vista, con una ceja arqueada.

"¿Animales? ¿Qué animales?"

"Un grupo de aves vino volando. ¡Una tenía un pico rojo brillante! Hicieron un dibujo en la arena. El mar está enfermo, papá. ¡Y nosotros también si no hacemos algo!", dijo Catalina la niña de los ojos grandes y las botas de plástico.

El pescador miró a su hija con atención, luego miró el agua del puerto, oscura y densa. Ya hacía semanas que les llegaban menos peces, algunos salían con manchas raras y más de una vez, había encontrado bolsas flotando donde antes había erizos y choritos vivos.

"¿Dónde?", preguntó Don Anselmo Alquinta y su hija lo llevó a donde Pico Rojo lo estaba esperando.

Pico Rojo vio al hombre, gigantesco y de rostro firme, pero al verle sus ojos se ablandaron, Pico Rojo reconoció al pescador, el señor Alquinta era un pescador tradicional, el pescaba para sustentarse a él y su comunidad, de manera no muy distinta de lo que hacía Pico Rojo por las mañanas.

"Lo lamento tanto", dijo don Anselmo Alquinta y Pico Rojo batió sus alas, mostrándole su pecho blanco y se alzó al vuelo.

"Hmmm... Vamos a reunir al sindicato", dijo serio. "Si algo está envenenando nuestro mar, no podemos quedarnos callados".

...

Esa misma noche, en la pequeña sede del sindicato de pescadores, se reunieron más de veinte hombres y mujeres de rostro curtido por el viento y el agua salada. Algunos casi tan viejos como el faro que se ceñía en la costa de Mejillones, otros jóvenes un poco mayores que Catalina, que se sentó a un lado de su padre con su cuaderno verde de ciencias naturales.

"¡Es cierto! Últimamente las redes salen vacías", dijo don Lucho, el más veterano entre ellos. "Algo está afectando a los cardúmenes de dorado y merluza". "Mi hija dice que los animales lo saben", añadió don Anselmo preocupado. "Que están enfermos. Y no me extraña. ¿Han visto la espuma extraña y amarillenta cerca del muelle de la faena industrial?"

Muchos asintieron. Había rumores desde hacía tiempo. El agua a veces olía mal, algunos buzos habían visto manchas aceitosas y desechos extraños bajo la superficie.

"No podemos pescar si el mar se muere", dijo una mujer con la voz firme. "¿Qué mundo vamos a dejarles a nuestros hijos?"

Don Anselmo miró a Catalina que tomaba notas con su lapicera de brillantes colores. La decisión fue unánime, tenían que actuar y rápido.

Al día siguiente, todos los pescadores se organizaron. Algunos fueron a tomar fotografías de las zonas afectadas, otros recogieron muestras de agua y las llevaron a la municipalidad; y Don Anselmo y Catalina, la niña de los ojos grandes y botas de plástico, fueron a la radio local y se quedaron hasta que les abrieron las puertas.

"No somos científicos", dijo Don Anselmo, con toda honestidad del mundo al micrófono, "pero vivimos del mar. Si el mar se enferma, nosotros también".

...

Las noticias se esparcieron a gran velocidad. Pronto, estudiantes de biología marina, autoridades ambientales y sus vecinos se unieron a la causa. Hicieron limpiezas comunitarias en la costa, recogieron basura, y exigieron que se fiscalizara a las empresas cercanas.

Y cuando finalmente los inspectores llegaron al puerto de la faena industrial, encontraron lo que todos sospechaban: una tubería escondida vertía desechos al mar, justo donde los lobos de mar solían criar y alimentarse, las autoridades encontraron los desechos, plásticos y metales. Exigieron limpieza, multaron y entonces... entendiendo la realidad de la situación, la fábrica tenía que ser paralizada.

Preocupados por la situación las autoridades impusieron multas. La empresa tuvo que cerrar temporalmente y aplicar un plan de descontaminación para permitir que la comunidad local pudiese mejorar y curar. Pero más importante aún, los pescadores lograron algo que nunca imaginaron: que toda la comunidad se uniera para proteger el mar como un tesoro compartido.

Y poco a poco, el mar comenzó a respirar otra vez y con él las criaturas de la comunidad también.

...

Pico Rojo, observando desde lo alto de una roca, vio cómo los humanos, por fin, escuchaban al mundo a su alrededor. Vio a Catalina Alquinta, la niña de los ojos grandes y las botas de plástico, escribir en su cuaderno de ciencias naturales, notas sobre las hermosas especies que la rodeaban y que ahora habían vuelto

a Mejillones. Pico Rojo vio a don Anselmo ayudar al resto de pescadores a recoger redes llenas de botellas y otros plásticos viejos. Y por primera vez en mucho tiempo, sonrió aliviado.

Porque vió que no todos los humanos eran indiferentes. Algunos eran como médicos también. No con alas, sino con manos dispuestas a sanar el lugar que todos llamaban hogar.

...

Y así, poco a poco, el puerto de Mejillones y con él, la comunidad de Punta Itata empezó a brillar, lleno de vida, de nuevo.

Los días siguientes fueron de calma y esperanza. Pico Rojo seguía trabajando, pero ya no solo recetaba barro o descanso. Ahora también hablaba de las algas que volvían a crecer, de los camarones que regresaban a las pozas, del agua que volvía a ser clara.

Una mañana, la gaviota vieja volvió con voz ya no tan ronca. "Doctor... ya no me pica el ala", le dijo con una sonrisa mientras le daba un agraciado saludo al vuelo. "Es porque el mar también está mejor". dijo el pilpilén con una sonrisa de ojos cansados.

Una tarde, mientras el sol se escondía tras las dunas, Pico Rojo escribió su última nota del día en el cuaderno de madera de balsa: "La salud no es solo del cuerpo. La salud vive en el aire que respiramos, en el agua que bebemos, en la tierra que pisamos. Si cuidamos nuestro mundo, él nos cuidará de vuelta".

Desde entonces, cada vez que un niño visitaba Punta Itata, los tatas les contaban la historia del Doctor Pico Rojo, el médico de pico encendido que curó a toda una comunidad, no con pastillas y yesos, sino con amor y conciencia.

Y algunos dicen que, si uno guarda silencio en las tardes del estero, puede oír el aleteo del doctor entre las dunas, revisando que todo siga bien, cuidando el equilibrio invisible que une a los seres, grandes y pequeños, bajo un mismo cielo. O al menos eso dice mi abuela.

Poesía

.....

PRIMER LUGAR

Trayectoria acelerada

“Este poema se lo dedico a mi padre, Jorge Cristián Cabieses Grez. Trata sobre la experiencia humana en conexión íntima con las dinámicas y estructuras conocidas sobre el cosmos, bajo la idea de que el universo está contenido en cada ser humano y el cosmos es reflejo de la vida misma a cualquier escala, incluyendo la humana”.

BÁLTICA CABIESES

Investigadora
Centro de Salud Global Intercultural, ICIM.
Facultad de Medicina

Línea geodésica delimitada por mi masa
Espesura de partícula de luz que se desplaza
Por una senda galáctica trazada desde
ondulaciones gravitacionales
que me arrastran
Como si todo esto fuera realmente una danza
Que comenzó cuando todo era nada
Cuando éramos anhelo en caldo de conciencia
sin materia condensada

Soy punto de luz en movimiento acelerado y
sin estación de recarga
Me desplazo ligera por una ruta negra al
borde de esta expansión milenaria
Big bang sobre el cual he posado mi travesía,
mi rumbo, mi balada
No veo más allá de mí, pues voy pulsando at
ritmo de mis esperanzas
Mirando de lejos a otros en la misma
inconmensurable hazaña
Nos sonreímos sinceros, entendemos por un
instante esta odisea extraordinaria

Solo a veces consigo mirar hacia atrás mi
trayectoria dibujada
Revisitar mi vector mientras acelero en esta
ruta elíptica sin pausa
Veo polvo de estrella dorado y manso que mi
pasar descarga
Se pierde en el infinito entre agujeros negros
que al tiempo relativo alcanzan
Hasta que creo olvidar donde estuve y quien
he sido en esta historia vasta

Y me pregunto si todo esto tiene algún
sentido, alguna enseñanza
Quisiera salir por un instante de este trazo y
ver mi hilo de luz
desde alguna sideral distancia
Comprender si lo que llamo mío realmente lo
es desde una escala intergaláctica
O si esta recta es parte de una malla infinita
de paralelas previamente diseñadas
Para expandirse en aceleración constante
impulsadas por esa fuerza primaria
Que hizo que de la nada todo explotara,
fracturando con fuerza suprema la oscuridad
de la matriz maternal que la gestaba

Creo que soy, porque me muevo relativa a mi
origen en esta ruta eterna y sin escalas
¿Qué sería de mí si no estuviera siempre en
movimiento hacia este vacío que me abraza?
¿Es la fuerza gravitacional la que me empuja
desde muy lejos, o es que doy yo mis pasos en
esta frontera de tiempo-espacio encorvada?
Propulsión que me exilia, a cada instante, más
lejos de mi punto de partida y sin revancha,
obligándome a cuestionar lo que es real desde
mi pequeña mirada
Viajera del espacio trascendente, voy
buscando quien soy mientras piloteo naves
espaciales a escala humana

.....

SEGUNDO LUGAR

Elementos

“Un canto a los cuatro elementos que conforman nuestro planeta y que se han visto amenazados por el quehacer humano”.

DRA. ASTRID VALENZUELA

Docente Medicina
Facultad de Medicina

En mi pequeño planeta,
ínfima parte del cosmos
Me detengo por momentos
a agradecer esta vida.
A valorar y admirar
aquello que me regala
la sublime sincronía.

Cuatro son los elementos
que lo forman, lo sostienen.
Aire, agua, tierra y fuego.
Mágicos y esenciales.
El sustento cotidiano
del misterioso existir.

AIRE:
Un cósmico navegante
sin sabor y sin olor.
Invisible y tan presente.

Vendavales revelan tu carácter.
Las campanas delatan tu presencia.
Mientras alzas bandadas de hojas amarillas;
remolinos de polvo
en el cielo se dispersan.

En invierno refriegas mis cabellos:
mariposas invisibles pasean por mi espalda.
Y, cuando los días se alargan,
cuando el crepúsculo avanza,
penetras en mi memoria
despertándola con mágicos azahares.
Tiempos hay en que me abrasas;
te haces denso y me sofocas: soy un pez fuera
del agua
ahogándose en la arena.
Eso soy.
Un alma en pena.
Aire, te necesito,
me seduces, me recorres,
me oxigenas.

Tú tiñes
de rojo mis arterias.

Entregas a mis sentidos
mensajes del universo.
Luego te devuelvo
al mundo.
Esta vez
fluyendo en ti
(soy un trocito de viento).

Aire, sólo te toco
y te oigo.
Pero siento tu poder.
Creas luchas celestiales
donde nubes peregrinas
explotan en un gran trueno
que tampoco puedo ver.
Alquimista de la vida,
mágico transformador
que transmutas en amor
el grito de la bestia en celo.

A veces miro las cumbres
y veo al águila cuando se acuesta en el viento.
Lo encuentra, se acomoda, lo dibuja.
Veo círculos ocultos, espirales transparentes.
Estrepitosa energía bajo sus alas, latente.
El mágico pincel rapaz
me revela que ahí estás.

Aire, te observo, te admiro
y me conmuevo.

Con pena te oigo gruñir cuando pasa un
helicóptero.

AGUA:
El agua es un espejo, es un lienzo,
un caminante ebrio de vagar por recovecos.
Recorre con paciencia y persistencia.
Sube, baja, vuela, cae, y se dispersa.
¿por qué sueñas, le pregunto?
No tienes voz y haces ruido.
Caminas por oquedades
acariciando a las rocas,
esculpiendo promontorios,

ondulante y cadenciosa.
De noche llega tu canto transparente a mis oídos.
Curiosa, abro la ventana para salir a encontrarte,
a escuchar lo que me cuentas.
Con tu canto siento al mundo infiltrándose en
mi alma.

De mañana,
cuando el viento recorre otros lugares,
el campo encuentra tu lienzo,
y se desborda en tu seno.
Un botero con su perro se internan en tus entrañas;
los acunas con tu oleaje y recoges sus pesares;
escuchas sus esperanzas.
El perro aúlla un instante, su voz te toca y rebota
luego cae lentamente y
se pierde en el vacío.
Los veo arriba y abajo.
Buena pesca, les deseo
Estremecida suspiro
cuando cierro la cortina.

Último sol en el lago.
Aves lo sobrevuelan
rayando con sus picos en el agua
tatuando una frágil estela.
Como una estrella fugaz, en segundos ya no hay nada.
Seguro que volverán.
Con idéntico dibujo.
Otras aves, otras aguas.

Agua, te has hecho escasa.
las nubes huyen del cielo.
Te has retirado al océano.
¿cómo recuperarte,
si yo misma te enveneno?

Cuando llueve, miro al cielo y doy las gracias.
Resbalando por mi frente
te fundes con mi emoción.

TIERRA:
Tierra de todo y de nada.
Tan volubles son tus días,

pero sólo en apariencia.
En ti laten las semillas
esperando su momento,
das un sentido a mis pies
cuando salgo de paseo.

Sostienes antiguos bosques,
transformas los esqueletos,
construyes enormes rocas
cristalizada en el tiempo.
Eres un nido inmenso,
una mullida oquedad
desde donde brota vida
parida con un lamento.

Hay tierra que se yergue majestuosa:
líneas de cerros zigzagueantes
se tiñen de azul cuando están lejos.
Atmosférico barniz,
sutil paisaje.
Por ahí sobresale una montaña,
isla de tierra compacta,
por siglos aglutinada.
Un castillo corpulento,
un titán inamovible, casi eterno,

Me invita con su silencio
A conocer su intimidad.

La contemplo casi a diario
Los colores se suceden, sensaciones diferentes.
A veces es catedral,
a veces un triste yermo;
quizás una fría tumba
esperando algún evento.
Y en las noches más oscuras nunca hay nada
(no se ve).

A mediodía, con pena,
llora lágrimas violetas.
porque
manos inclementes la quebrantan,
cuando le cavan heridas,
le roban y la despojan,
cuando la dejan abierta.

Tomo un puñado de tierra
Y, palpando su grandeza,
pido perdón, le agradezco.
Y, escurriendo, entre mis dedos
me acaricia su aspereza.

FUEGO:
El más temible.
La fuerza devoradora, el calor impertinente;
cuando te vas, siento frío.
Cuando estás, te quiero lejos.

Tienes curvas seductoras.
Eres hambriento, insaciable.
Me molestas con el humo, me ensucias con tus
cenizas.
El hollín que vas dejando me recuerda tu
presencia.
Mis dedos negros teñidos
mis ojos rojos, sin pena.

Vives lejos,
en una bola redonda que marca nuestra
existencia:
El señor del mediodía, gran ausente por la
noche.
En su ausencia crecen sombras, saltan formas,
dimensiones .
Es parte del equilibrio,
Armonía,
Yin y yang.

Cuando vienes a la tierra, te escondes en los
volcanes.
Como océano latente que espera la marejada.
Allí llegó Prometeo
siguiéndote
hasta encontrarte.
Primero cosechó chispas,
flores candentes, brillantes.
Las sembró entre la madera
las pasó a los caminantes.

Lo imagino iluminando la noche
con orgullo
El desdén en su mirada,
la bofetada al Olimpo.

Tarde de invierno, serena.
Atmósfera transparente.
El sol comienza su viaje.
Entre nubes
una gran lumbre muy alba,
desteñida con el agua de la lluvia
se despide.
Aves rojas en hileras
atravesando los cielos en lo que queda del día.
La ciudad prende sus luces.
Desde el balcón miro y pienso
¿son los astros que cayeron a clavarse en el
cemento?

El señor de las hogueras
hoy ha sido maltratado.
Te explotan sin respetarte.
Encerrado entre motores
de fábricas y calderas
vulneran tu dignidad.
Y te culpan de ser sucio,
de asfixiarnos,
de contaminar el cielo
¿Será, cierto?
¿Serás tú?

Cuatro son los elementos
Cuatro puntos cardinales
Cuatro estaciones del año.
Mi tiempo, espacio y conciencia
Pilares de mi existir

.....

TERCER LUGAR

Historia Clínica Global

“Siempre me ha interesado el mundo que habitamos, y me duele la ignorancia y el daño que sufre: sus bosques, selvas y criaturas. Como persona de la salud, deseo cuidar y sanar lo que me rodea. Con este poema no pretendo detener lo inevitable, sino expresar mis sentimientos frente a esta realidad”.

JUAN PABLO CORTES

Estudiante de 4to año
Medicina
Facultad de Medicina

Te encontré tendido sobre la mesa,
con venas abiertas de selva y asfalto,
Tu piel seca por siglos de fiebre,
el aliento denso de humo y de plástico.

Tomé el pulso de tus polos,
Latías, sí; pero lento, confuso,
como un antiguo tambor que olvida su ritmo,
como un niño que deja de soñar.

Ausculté tu amazonas,
tus pulmones verdes,
Crepitos y estertores,
cuerpos flotando en su torrente café,
bosques cicatrizados de tanto corte.

Intenté reanimarte con palabras,
“Respira”, dije, “aguanta un poco más”.
Pero sabía que ya no había mucho más que hacer,
y tus glaciares lloraban en silencio.

Los satélites me mostraron tu cráneo,
fracturado por guerras y radiación,
su sangre, a cambio de petróleo coagulada
en tus ríos que ya no llegan al mar.

Anoté todo en tu ficha clínica:
Paciente: Tierra
Edad: Incontable
Hipótesis diagnóstica: Explotación sistémica,
negligencia global.

Y cuando al fin supe que lo perdíamos,
no hubo alarmas, no corrieron enfermeros.

Solo un suspiro antiguo, telúrico,
que se apagó... como un sol enfermo.
Ahora te cubro con una sábana de nubes,
cierro tus ojos con placas tectónicas,
y en mi libreta escribo, con tinta dolida:
Hora de muerte: 2025

Premio Faro

.....
CATEGORÍA:
FOTOGRAFÍA

Ojos de Mar

“Mi hija María en la playa, con el pelo cubierto de conchas y los ojos tapados por ellas. Al cubrir sus ojos con elementos del mar, María se funde con el entorno natural, en un gesto lúdico, pero también simbólico: mirar el mundo desde lo natural, dejarse habitar por él. La escena evoca la urgencia de re-conectar con la tierra, el mar y sus ritmos, especialmente en la niñez, etapa clave para cultivar un vínculo consciente y respetuoso con el planeta. La salud humana no puede separarse de la salud del entorno; al cuidar la naturaleza, cuidamos también nuestro futuro”.

MAGDALENA ESTAY

Directora
Comunicaciones y Extensión
Facultad de Medicina



Premio AMCA A.G

Humanismo

.....

CATEGORÍA:
FOTOGRAFÍA

Origen

"La vida no siempre comienza con un llanto; a veces nace en silencio, en una sala, en un gesto. Esta imagen retrata la fuerza contenida en lo esencial: el deseo de crear vida y el acto de acompañarlo. En ella, la medicina no impone, honra los tiempos de la naturaleza. Porque cada nueva vida es un origen compartido entre ciencia, humanidad y planeta. Y no puede haber salud verdadera sin un mundo que la sostenga".

DR. JOAQUÍN ERRÁZURIZ V.

Docente medicina reproductiva
Facultad de Medicina



Premio AMCA A.G

Humanismo

.....

CATEGORÍA:
PINTURA O DIBUJO

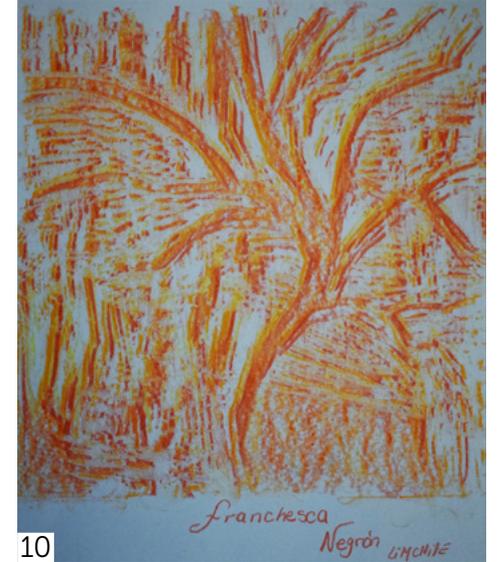
Corazón con flor

"Representa la relación entre la vida humana y la naturaleza. El corazón reflejando la manera en que nuestro bienestar físico florece al estar en contacto con la naturaleza".

SOFÍA CÉSPED

Estudiante 1er año
Medicina
Facultad de Medicina





1. Cristián Vargas
2. Juan Pablo Cortés
3. Álvaro Salas
4. Victoria Roessler
5. Pamela Rodríguez
6. Astrid Valenzuela

7. Natalia Díaz
8. Marcela Aliaga
9. Sandra Pizarro
10. Francesca Negrón
11. Fabián Celis
12. Amparo Iglesias



Las fotos muestran parte de lo que fue el Coloquio de Humanidades en el Hospital Padre Hurtado "Despertar la sensibilidad hacia la naturaleza". Realizado el día jueves 8 de mayo del 2025, con la participación de la artista visual, Magdalena Vial. Organizaron: el Centro de Humanidades junto a las áreas de Humanización, liderada por Marcela Aliaga, y Medicina Interna, que dirige el Dr. Jorge Pérez.

